



DE LAS CRUZADAS,

Y DE LA

BULA DE LA CRUZADA.



UNA de las épocas de la historia mas fecundas en grandes acontecimientos, es sin duda la de las Cruzadas. Promovida por un entusiasmo ardiente, fueron ineficaces para el fin principal que se propusieron sus autores; pero en cambio produjeron grandes bienes, primero á la Europa, y después al mundo todo. Son en cierta manera el principio de donde nació la civilización moderna, y nosotros mismos estamos recogiendo hoy sus benéficos efectos.

Estendido el Islamismo en el Oriente, quedó sujeta la Palestina á la dominación de los turcos, cuya crueldad y tiranía hacia casi inaccesible á los peregrinos cristianos el camino de Jerusalem. Era esto tanto mas sensible, cuanto en aquellos tiempos eran mucho mas frecuentes que ahora las romerías á los Santos Lugares. Concurrían á ellos innumerables peregrinos de todas clases, sexos y condiciones; unos para llorar sus pecados ante el sepulcro del Redentor, otros para visitar los sitios santificados con su presencia, y no pocos para purificarse en las aguas del Rio Jordan.

Pedro el Ermitaño, natural de Amiens en Francia, habia dejado la profesion de las armas por la vida cenobítica, y llevado de su devoción, visitó á Jerusalem hácia el año de 1095. Corría entónces como muy probable la opinion del próximo fin del mundo, lo que hacia que se viesen con desprecio las cosas temporales, y predisponia los ánimos á empresas de gran-

de arrojo y desprendimiento. Conmovido Pedro de la opresion de los cristianos en Siria, se presentó á su vuelta ante el Papa Urbano II, y le hizo una viva y patética pintura del estado en que quedaban los lugares regados con la sangre del Redentor. Urbano le permitió predicar una cruzada en Europa, y á este fin se congregó en Placencia un concilio, en que los embajadores de Alejo Commeno, emperador de Constantinopla, manifestaron los peligros que amenazaban continuamente á los cristianos en Jerusalem. Sin embargo, nada se resolvió aquí, y el Papa convocó en Clermont un nuevo concilio, donde se decidió tan grave negocio. Inflamados los asistentes con los discursos de Pedro, testigo presencial de las desdichas que referia, se apresuraron á alistarse en las banderas de la Iglesia, para librar la Tierra Santa del poder de los infieles. Ademá, obispo de Puy, fué el primero que se ofreció á tan santa empresa, tomando por divisa una cruz roja en el pecho, cuyo ejemplo imitaron todos los asistentes á porfia. De aquí les vino el nombre de cruzados. Derramáronse predicadores por todo el mundo cristiano con el mismo fin, y era de ver el entusiasmo con que en reinos diversos entre sí por sus lenguas, usos y costumbres, abrazaban una misma causa, animados de un mismo espíritu. Pedro era el alma de esta sublevacion general, en que la Europa se aprestaba á lanzarse sobre el Asia para arrancarle su presa. Las ciudades, las aldeas, los mas miserables cortijos, eran teatro á propósito para la elocuencia sencilla pero enérgica y fervorosa de un hombre que, sin mas armas que un Crucifijo, ni mas caudal que su celo, disponia de ejércitos numerosos, á cuya cabeza caminaban los generales y señores mas afamados de aquella época.

Ocho son por lo comun las Cruzadas que numeran los historiadores, pues aunque hubo mayor número de tentativas, no todas fueron merecedoras del nombre que ennobleció las principales. La primera de que ya hemos hablado, tuvo lugar en el pontificado de Urbano II por los años de 1095 á 1099. Los cruzados sufrieron grandes quebrantos. La hambre, la peste, las traiciones del pérfido emperador de Constantinopla, y la discordia de ellos entre sí, aumentaron infinitamente las difi-

cultades que eran consiguientes á su empresa; pero supieron superarlas todas, y ocuparon á Jerusalem, donde fundaron un nuevo reino, cuya diadema ciñó su conquistador Godofredo de Buillon. Este hombre célebre ha merecido por su prudencia y valor, que se le considere como uno de los mejores capitanes de que hace mencion la historia.

Largo seria, y muy ageno de los estrechos límites que demanda este artículo, el estendernos en hablar de las Cruzadas una por una, detallando sus principales sucesos. Bastará solo indicar sus fechas, y los pontificados en que acaecieron.

- 1.^a CRUZADA. En el pontificado de Urbano II, de 1095 á 1099.
- 2.^a ——— Eugenio III, de 1143 á 1148.
- 3.^a ——— Clemente III, de 1188 á 1192.
- 4.^a ——— Celestino III, de 1193 á 1198.
- 5.^a ——— Inocencio III, de 1198 á 1204.
- 6.^a ——— Honorio III y Gregorio IX, de 1220 á 1240.
- 7.^a ——— Inocencio IV, de 1248 á 1255.
- 8.^a ——— Clemente IV, de 1268 á 1270.

No obstante, no podemos dejar de hacer mencion, aunque con suma brevedad, de tres personages célebres que influyeron ó tomaron parte en las Cruzadas. *S. Bernardo* fué encargado de predicar la segunda por Eugenio III, y desempeñó su comision con un celo extraordinario y un éxito prodigioso. Encendió los ánimos de tal manera, que, segun decia él mismo, quedaban convertidos en desiertos los castillos y las ciudades, y solo se veían viudas cuyos maridos habia matado la ausencia. Hizo que Luis VII, rey de Francia, tomase la cruz y marchase á Palestina, no obstante la opinion contraria del célebre Sugerio, Abad de S. Dionisio, uno de los personages mas notables de su tiempo, á quien el monarca tributaba mucha deferencia. Quería éste conciliar el bien de la religion sin que el rey abandonase sus estados; pero sus palabras valieron poco contra la opinion pública de aquellos tiempos, como sucederá á todos los que quieran oponerse á esta caprichosa reguladora de las sociedades. Se esparció la voz de que muchos ciegos, cojos y lisiá los habian sanado milagrosamente con promesa de ir

á Palestina. Era tal el entusiasmo, que si algun hombre capaz de tomar las armas, rehusaba hacerlo, era mirado con menosprecio de los demas, y aun las damas lo afrontaban enviándole de regalo una ruca y una almohadilla. Al mismo tiempo que S. Bernardo tomaba una parte tan activa en la Cruzada, se ocupaba en refutar los errores del monge Raoul, fanático furioso, que exhortaba á los pueblos á un degüello general de judíos. En la 5.ª Cruzada militó personalmente el famoso rey de Inglaterra *Ricardo*, llamado por su intrepidez *Corazon de leon*. Su valor era indomable, pero el éxito de sus empresas fué fatal á sus armas, á su persona y á sus estados. Las Cruzadas 7.ª y 8.ª fueron capitaneadas por *S. Luis rey de Francia*, grande no solo como santo, sino tambien como rey. Querido de sus vasallos y estimado de los extraños por su justicia y virtud, fué el oráculo de su tiempo, y árbitro muchas veces en las querellas de los reyes sus vecinos. Emprendió su primera expedicion por cumplir el voto que hizo de hacerla, hallándose gravemente enfermo; sufrió en ella graves reveses; quedó prisionero en poder de los turcos, quienes lo cargaron de cadenas, y sufrió tantas penalidades con una noble y varonil constancia. Alcanzó la libertad sin ignominia, y volvió á su reino despues de una navegacion peligrosa. Todavía fué mas desgraciada su segunda expedicion. La peste devastó su ejército: murió su hijo el Duque de Nevers; y el mismo rey fué al fin víctima de ella, muriendo en Africa con una resignacion heroica y verdaderamente cristiana.

El fin principal de las Cruzadas se malogró completamente, porque despues de muchos lances en que la fortuna se mostró dudosa, y tras mil alternativas de las armas cristianas é infieles, ocuparon estas la ciudad de Jerusalem, y con ella toda la Tierra Santa, objeto de tanta sangre, de tantos afanes y de tantos tesoros gastados en su conquista por mas de siglo y medio. Ineficaces fueron despues las exhortaciones de los Papas y otras personas eminentes en puestos, en letras y en virtud, para reanimar el espíritu guerrero de los cristianos, amortiguado con una serie no interrumpida de trabajos, y por último de derrotas. La Providencia divina quiso por sus inescru-

tables designios, que unos lugares donde habia nacido la fe (si es lícito explicarse así), fuesen de muy difícil acceso para los verdaderos creyentes. Estos sitios están reservados para ser el teatro de los maravillosos sucesos que deben acontecer al fin de los tiempos: probablemente el hallarse ahora en poder de los enemigos del nombre cristiano, es una de las circunstancias precisas para que tenga cumplido efecto la amarga desolacion que están sufriendo, y que les fué pronosticada con tanta anticipacion por boca de los profetas.

Unas guerras tan porfiadas y sostenidas á tanta distancia, preciso era que causasen gastos de mucha cuantía. Para subvenir á ellos, se apeló á la largueza de los príncipes y á la liberalidad de los fieles, recompensando los Papas con gracias espirituales las dádivas de todos. Podrán algunos decir que las Cruzadas fueron un gravámen de mucho peso para la Europa, por lo que le costaron en hombres y en dinero; pero si se reflexiona que fijada en ellas la atencion comun, se dió tregua á las interminables y sangrientas querellas que sin cesar afligian á los pueblos cristianos; que el feudalismo perdió mucho de sus fueros con la ausencia de los señores, y con las concesiones que estos tuvieron que hacer á sus vasallos, á trueque de proporcionarse recursos pecuniarios; por último, que puestos mas en contacto unos príncipes y ejércitos con otros, y ensanchada con sus viages y expediciones la esfera de sus ideas, de sus relaciones y tambien de sus conocimientos, dieron entrada á la civilizacion, no se podrá negar que las Cruzadas fueron de gran provecho á la causa de la humanidad y de la cultura. Hubo en ellas grandes desaciertos, y no pocos delitos; pero brilló tambien el espíritu caballeresco con todo su esplendor, y se vieron en ellas hazañas dignas de prez inmortal.

Se ha dicho que los Papas concedieron gracias é indulgencias á los que militasen contra los infieles ó cooperasen á la guerra con su dinero. Urbano II hizo desde luego dispensaciones amplísimas, que aumentaron y confirmaron sus sucesores.

La España tenia en tanto que luchar con los sarracenos, enseñoreados de una parte de su territorio; y como la lucha que sostenia era igual y tan digna de alabanza como la de los

cruzados en la Palestina, mereció de la Santa Sede las mismas gracias por vía de recurso para sostener la guerra. Se abusa despues, es verdad, de la concesion, porque en el mundo se abusa de todo; pero el origen de ella fué laudable, y no ménos religioso que patriótico. Daremos una ligerisima idea de la bula, para satisfaccion de nuestros lectores.

La Bula de la Cruzada es un diploma pontificio, que contiene indultos, privilegios y gracias, concedidos al rey de España para los objetos ya expresados. La voz diploma viene de un sello de plomo que se pone á estos documentos, el cual se llama asimismo Bula, nombre que daban antiguamente los romanos á ciertos sellos ó láminas redondas que traian algunos al cuello como distintivo de nobleza. Tambien los ponian á los niños en figura de corazones, como remedio ó antídoto contra las fascinaciones ó mal de ojos.

La concesion se divide en cuatro bulas, que son: la que propiamente se llama de la Cruzada, la de Difuntos, la de Lacticios, y la de Composicion. En España valian por un año, y en nuestra América por dos.

No aprovechaba á los hereges y cismáticos: á los catecúmenos aprovechaba por vía de sufragio; y se requería para usar de ella, ser, á mas de católico, súbdito del rey de España. Se concedian á los que la tuviesen, dos indulgencias plenarias que habia de aplicar el confesor, una en vida y otra en muerte: las mismas indulgencias, visitando cinco iglesias ó cinco altares, que si visitaran personalmente las iglesias de las Estaciones de Roma: indulgencia plenaria á los que muriesen repentinamente, con tal que no hubiesen sido omisos en confesarse: absolucion de censuras y casos reservados, una vez en vida y otra en muerte: indulgencias por vía de sufragio á los aifuntos, de donde tomó origen la bula de este nombre: dispensa de comer carnes y lacticios en los dias prohibidos, lo que dió origen á la bula de carne; y por último, commutacion de todos los votos en socorro de la guerra contra infieles, á excepcion de los de castidad, religion y peregrinacion á los Santos Lugares de Jerusalem. La bula de Composicion tenia lugar por lo comun sobre bienes cuyo dueño se ignoraba.

EL MONTE DE LOS OLIVOS.



..... hincadas las rodillas, hacia oracion, diciendo: Padre mio, si es de tu agrado, aleja de mí este cáliz: no obstante, no se haga mi voluntad, sino la tuya. En esto se le apareció un ángel del cielo, confortándole. Y entrando en agonia, oraba con mayor intension. Y vino le un sudor como de gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo.

S. LUCAS. XXII. 41. 42. 43. y 44.

Viendo el HIJO DE DIOS que ya venia
De su angustiada vida el fin tremendo,
El torrente Cedron pasa gimiendo,
Y sube al monte en que llorar solia.